

A close-up portrait of Norma Morandini, a woman with dark, curly hair, wearing a dark blue top and a large hoop earring. She is looking slightly to the left of the camera with a thoughtful expression.

Norma Morandini

De la culpa al perdón

*Cómo construir una convivencia democrática
sobre las intolerancias del pasado*

Sudamericana

Librería García Cambeyro

NORMA MORANDINI nació en Córdoba, Argentina. Estudió medicina, psicología y periodismo en la convulsionada universidad de los setenta. En las vísperas del golpe militar de 1976 se mudó a Buenos Aires, ciudad en la que trabajó como periodista hasta que el secuestro de sus hermanos menores, Néstor y Cristina, la expulsó al exilio. Vivió en Portugal y en España, donde trabajó en una de las revistas emblemáticas de la época, *Cambio 16*, de la que fue luego corresponsal en Brasil. Testimonió como cronista el pasaje del autoritarismo a las democracias nacientes en la región, lo que la convirtió en una observadora autorizada de los fenómenos de la “transición política” en toda América latina. Regresó a la Argentina en el inicio de la democracia, cuando cubrió el histórico Juicio a las Juntas para el diario *O Globo* de Brasil. Desde entonces se involucró en la defensa de los Derechos Humanos, integrando organizaciones como Poder Ciudadano y Periodistas. Condujo programas de televisión en TN y Canal 7 por los que recibió premios y distinciones. Autora de varios ensayos, como *Catamarca*, *La gran pantalla*, *El harem*, *Algún cordobés*, regresó a Córdoba tras la debacle institucional del 2001, cuando decidió cambiar la pluma por la tribuna de legisladora. Diputada por Córdoba entre 2005 y 2009, cumple su mandato como senadora hasta el 2015. En 2010 recibió la Pluma de Honor otorgada por la Academia Nacional del Periodista, la mayor distinción en su género.

PRÓLOGO O ADVERTENCIA

Tal como le sucedió a la sinuosa y postergada democratización de la Argentina, este trabajo se cocinó al fuego lento de los tiempos colectivos y de mi propia urgencia, para despojarme de ese pasado como peso y recuperarlo como memoria compartida. Desde la ineludible y dolorosa fase inicial de la descripción del horror, el demorado despojo del miedo que todo contamina, a la indagación del ¿por qué sucedió? Hoy se agrega una nueva inquietud: ¿qué hacen las personas y los pueblos cuando han sido despojadas de la humanidad, vivieron bajo el terror y a la hora de la libertad caminan entre el olvido para vivir y la memoria para no morir? Interrogantes poco originales que siguen increpándonos y se actualizan con cada nuevo exterminio. Dilemas que van desde la provocación de Adorno —“Después de Auschwitz no puede haber poesía”— hasta la perturbadora sospecha de que Aldous Huxley tenía razón cuando dijo que la gran lección de la Historia es que nadie aprendió las lecciones de la Historia.

Si reconciliar es restituir lo sagrado que ha sido violado, ¿en qué momento los argentinos recuperaremos la

convivencia ultrajada, sin que los fantasmas del pasado nos vuelvan a desunir?

La respuesta a muchos de estos interrogantes es una tarea de todos. Sin embargo, como debemos erguirnos sobre la debacle, todavía caminamos sobre los cadáveres. Si nos acercamos demasiado corremos el riesgo de ser atrapados por la monstruosidad. Si nos alejamos, perderemos humanidad. Así que caminamos a ciegas: ya no por la oscuridad, sino por la fragilidad del volver a empezar. Si, como decía Tocqueville, el pasado ya no ilumina el porvenir y el espíritu humano camina entre tinieblas, vale ensayar, si no una explicación, al menos el desafío de pensar sobre lo que nos increpa y espera su narración.

Es probable que mi pensamiento no sea depurado y cometa la imprudencia de contrariar las costumbres de los saberes académicos o literarios, pero el pensamiento separado de la vida suele convertirse en una teoría vacía. Entre las verdades de la razón y las verdades de la historia, elijo lo que es común a todos los hombres: la razón. Sin respuestas para muchísimas de las perplejidades aquí expuestas, intentaré reconsiderar la interpretación de la restauración democrática desde nuestro ventajoso punto de vista de nuestros más recientes temores y experiencias.¹

Las verdades históricas no son verdades en sentido propio, y por más probadas que estén, tanto su facticidad como su de-

1. Hannah Arendt, *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1993, pág. 18.

mostración son contingentes: la demostración sigue siendo de naturaleza histórica. Las verdades históricas son sólo verdaderas, es decir universalmente convincentes y vinculantes si son confirmadas por las verdades de la razón. De este modo ha de ser la razón la que ha de decidir sobre la necesidad de una revelación, y por ende sobre la historia.²

Sobre las tramas del autoritarismo que recorre la segunda mitad del siglo pasado, he tomado la aguja para intentar un diseño que al exponerme revele el tapiz argentino. En el cañamazo sobre el que trabajé ya están anudadas las tragedias individuales tejidas con los hilos del destierro, las masacres, una guerra perdida y mucho dolor. Sin que aún hayamos podido reconstruir una matriz de confianza e igualdad que reencuentre a hombres y mujeres en el mismo abrazo de la ciudadanía y, sobre todo, nos reconcilie en el perdón. NO el que cancele el castigo de la justicia sino el que nos perdone a nosotros mismos por haber permitido que se cometieran crímenes imperdonables contra nuestros hermanos. Un perdón que al perdonarnos nos restituya la inocencia y nos permita volver a empezar para llenar ese espacio que nos falta construir, el de la ciudadanía y el de una cultura democrática que nos incluya a todos.

Los tiempos sombríos no son una rareza y con dolorosa obstinación se repiten, dominan la historia y re-

2. Hannah Arendt, *La tradición oculta*, Paidós, Buenos Aires, 2004, pág. 110.

crean igualmente la obstinada utopía del NUNCA MÁS. Sin embargo, como si fuera una sombra adherida a la piel, los argentinos todavía no podemos tomar distancia de nosotros mismos sin reavivar los enfrentamientos del pasado o los fantasmas del tiempo que se evoca. Me temo que si alguna vez volvemos a caer en nuestro pecado de soberbia, el orgullo, para curarnos, nos alcanzaría con mirar hacia ese tiempo en el que la monstruosidad se adueñó de no pocos de nosotros y la lógica del matadero se perpetuó en un presente continuo del que necesitamos salir. No con olvido, sino con perdón. No el que anula lo que vivimos, sino el que nos permita recomenzar para restituir la humanidad perdida cuando nos convertimos en lobos.

Norma Morandini

De la culpa al perdón

“Viví en tiempos de oscuridad, vi desaparecer a mis dos hermanos y a mi madre crecer sobre ese desgarramiento. Me llevé al exilio un cementerio generacional. Amigos, colegas, vecinos, parientes, amores. Un destierro que por hacerme descender a las comarcas del dolor me permitió, también, mirar más hondo. Reconocí los errores y la soberbia de diseñar un mundo ideal a expensas de negar y desconocer al otro: las ideologías que nos encierran y separan y, por eso, nos impiden la maravillosa aventura del encuentro. La ética, el sentido de la rectitud y el derecho no son patrimonio ni de la derecha ni de la izquierda...”, sostiene con sorprendente coraje Norma Morandini en este ensayo conmovedor, íntimo y valiente. Un relato en primera persona que nos interpela desde la profundidad de la pérdida para llamarnos a la humildad y la reconciliación, al compromiso de reconstruir una sociedad verdaderamente democrática, más justa y fraternal. Un texto revelador que invita a asumir las responsabilidades del pasado y liberar a las futuras generaciones de la herencia de rencor y venganza, para levantar un país que incluya a todos, que habilite el encuentro genuino con el otro. Sin insultos, sin descalificaciones, sin odios. Por encima de cualquier bandera política.

ISBN 978-950-07-3866-8



9 789500 738668

www.megustaleer.com.ar
Impreso en la Argentina